

CAPITULO XXIV.

CISNEROS.

CONQUISTA DE ORAN.

De 1508 á 1510.

Antiguos proyectos de Cisneros sobre la conquista de Africa.—Acógenlo el rey.—Primera expedicion: toma de Mazalquivir.—Conquista del Peñon de la Gomera.—Empresa de Oran.—Anticipa el cardenal los gastos de la armada.—Convenio entre el rey y el arzobispo.—Va Cisneros en persona á la conquista.—Batalla y triunfo de los españoles bajo el mando de Pedro Navarro.—Entrada de Cisneros en Oran.—Desavenencias entre el cardenal y el conde Navarro.—Vuelve Cisneros á España.—Mal comportamiento del rey con el prelado.—Modestia y sufrida conducta de éste.—Sucesos de Africa.—Conquista Navarro el puerto y ciudad de Bugia.—Sométense al Rey Católico, Argel, Tunez y Tremecen.—Ataque y toma de Tripoli: vigorosa resistencia de los moros: terrible mortandad.—Ida de don Garcia de Toledo á Africa.—Funesto y memorable desastre de los españoles en la isla de los Gelbes.—Sus causas y consecuencias.—Suspendese la conquista de Africa.

Ya en vida de la reina Isabel, y á persuasion del arzobispo de Toledo don Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, hombre de elevados pensamientos y dado á las grandes empresas, habia habido el designio de llevar las armas cristianas al Africa y arrancar las ciudades de la costa berberisca del poder de los infieles. Encargado estuvo ya el conde de Tendilla de dirigir

y comandar la armada que se pensó enviar al litoral del continente africano; pero la muerte de la reina y las novedades que se siguieron en Castilla fueron causa de que se suspendiese aquella expedicion. A poco tiempo volvió á insistir el primado de España con el Rey Católico, regente del reino, en la conveniencia de que se realizara aquel pensamiento. Fernando acogió la empresa, para la cual le prestó el prelado toledano once cuentos de la moneda de Castilla, y no tardó en salir del puerto de Almería y cruzar las aguas del Mediterráneo una armada al cargo del valeroso don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles, llevando consigo al entendido marino don Ramon de Cardona (agosto 1505). El resultado de esta expedicion fué apoderarse de la ciudad y castillo de Mazalquivir en la costa de Berbería (setiembre), puerto cómodo y muy importante para el comercio con Oran, de donde dista solo tres cuartos de legua, y á donde se refugiaron los moros que la defendian. Don Ramon de Cardona volvió á Málaga con la armada y con la noticia de aquella conquista, de que se alegraron todas las naciones de Europa. Pero mas adelante (en 1507), habiendo salido el alcaide de los Donceles del fuerte de Mazalquivir é internándose hasta cuatro leguas con una hueste de mas de tres mil españoles, fueron estos asaltados y arrollados por numerosas tropas del rey de Tremecen, viéndose el valeroso jefe de los cristianos en gran peligro, y teniendo que

retirarse con gran trabajo á la plaza despues de dejar muertos en el campo muchos de los suyos.

Cuando el rey vino de Nápoles á Castilla, se volvió á promover la empresa de Africa, para la cual ofrecia buena ocasion la guerra que al rey de Fez hacian sus dos hermanos, uno de los cuales ofreció al rey Fernando que le daria su favor y ayuda para la conquista de Oran y de otros lugares de la costa, siempre que él le pusiera en posesion de la ciudad de Tunez que decia pertenecerle, obligándose ademas el moro á darle en rehenes su hijo mayor. En virtud de esta propuesta mandó Fernando aparejar una buena flota en Málaga al mando del conde Pedro Navarro, y de cuyo orden y provisiones cuidaba muy principalmente el ya cardenal de España Jimenez de Cisneros (1508). Mas como en aquel tiempo anduvieran los corsarios berberiscos inquietando é invadiendo continuamente la costa de Granada robando y haciendo cautivos, de orden del rey salió Pedro Navarro con sus naves contra ellos, les tomó algunas fustas, mató muchos moros, y dando caza á los demas llegó hasta la costa fronteriza de Africa, y les ganó el Peñon de la Gomera (julio 1508), castillo de muy estraña fortaleza, construido sobre un peñasco dentro del mar, con lo que quedaron protegidas las costas de Andalucía y de Valencia contra las correrías de los piratas. La ocupacion del Peñon por los españoles produjo vivas contestaciones entre Fernando y el rey de Portugal su

yerno, que pretendia ser de su conquista como perteneciente al reino de Fez; y aunque el Rey Católico le hizo poco tiempo despues un inmenso servicio enviando á Pedro Navarro con su armada en socorro de Arcila que el rey de Fez tenia cercada y en grande aprieto, batiendo al moro, haciéndole levantar el cerco y libertando aquella posesion portuguesa, todavia el monarca portugués no desistia de reclamar su derecho al Peñon de Velez (1).

Tales eran los precedentes que habian mediado respecto á la empresa de Africa, cuando el cardenal Cisneros, ya por haber sido antiguo pensamiento suyo, ya por celo religioso (2), ya por distraer á otra parte y á otros objetos la atencion de los turbulentos nobles castellanos, excitó al rey á que emprendiese seriamente la conquista de Oran, ciudad opulenta y bien murada del reino de Tremecén, uno de los mejores mercados para el comercio con Levante, asilo y madriguera de multitud de corsarios moros que infestaban y estragaban las costas del Mediterráneo, y muy inmediata, como hemos dicho, al fuerte y puerto de Mazalquivir, conquistado tres años antes por el alcaide de los Donceles. A este plan solo tuvo que oponer

(1) Gomez de Castró, De rebus gestis. — Carvajal, Años 1507, 1508. — Zurita, Hist. del rey don Hernando, lib. VI. c. 45. libro VIII. cap. 44, 23 y 24.

(2) El celo religioso del arzobispo iba mas adelante todavia, puesto que habia concebido el

grande y caballeresco pensamiento de promover una cruzada de principes y soberanos para el rescate de la Tierra Santa; idea que habia entrado ya tambien en los proyectos de Cristóbal Colon. Quintanilla, Archetypo, Apéndice núm. 16.

Fernando el inconveniente de la falta de fondos, pero á esta dificultad ocurrió Cisneros ofreciéndose él á anticipar todo el coste y gastos de la empresa, y lo que es mas, á conducirla y mandarla en persona. Para lo primero contaba el cardenal arzobispo con los ahorros que habia ido haciendo de sus pingües rentas, de las cuales solo habia empleado algunas en la redencion de cristianos cautivos. Lo segundo, propuesto por un hombre que habia pasado la mayor parte de su vida en el retiro y en las penitencias de un cláustro, y se hallaba ademas en la edad septuagenaria, hubiera parecido una locura, si no fuera ya conocido el ánimo levantado y grande del religioso Cisneros, que con este objeto habia tenido ya empleado al ingeniero veneciano Gerónimo Vianelo en reconocer las costas de Berbería y levantar planos exactos de sus ciudades, puertos y fortalezas.

Admitida la proposicion por el rey, se ajustó y firmó por los dos una capitulacion ó asiento (29 de diciembre, 1508), en que el soberano ponía á cargo del cardenal arzobispo la direccion y proveimiento de la armada y los gastos de la guerra, se obligaba á indemnizarle de lo que se fuera cobrando de la décima y subsidio en todos sus reinos y señoríos, teniendo entretanto en prendas y á su disposicion todo lo que se ganase de tierra de moros ⁽¹⁾, y el cardenal por su

(1) De consiguiente, no se hizo á sus espensas ó de su cuenta, como dan á entender ó dicen espresamente muchos historiadores.

parte prometia y se obligaba á pagar todos los sueldos, provisiones, fletes y demas que fuese menester para el equipo de las navés y mantenimiento de la gente de guerra ⁽¹⁾. Nombróse general de la armada al conde Pedro Navarro, y habian de ir de capitanes Diego de Vera, el conde de Altamira, Gerónimo Vianelo, Gonzalo de Ayora, García Villaroel y otros caba-

(1) Tenemos á la vista una copia de este asiento ó capitulacion, sacada del archivo de Simancas, de la cual daremos á conocer los mas importantes artículos.—«Lo que nos (principia) el Rey é Cardenal de España, arzobispo de Toledo, asentamos é concordamos sobre la guerra que plasiendo á Dios nuestro Señor se ha de fazer este año contra los moros é enemigos de nuestra Santa Fé Católica es lo siguiente.—Primera-mente que vos el dicho cardenal plasiendo á nuestro Señor vais en persona para entender en la dicha guerra de allende, y para ello yo vos mandaré dar todos los poderes que sean menester y con-venyan, y asimismo enviaré una persona ó dos del consejo ó alcaldes para que despues de vos partido con el ayuda de nuestro Señor estén en la costa para mandar proveer en las cosas necesarias con poder asimismo bastante, de manera que haya entero recabdo é proveimiento para las cosas de la dicha guerra.—Otro sí, por quanto para la dicha guerra es menester dinero para el sueldo de la gente y mantenimiento é fletes, lo cual vos el dicho cardenal habeis de dar é prestar..... que vos el dicho cardenal pongais un pagador... etc. Yo por la presente vos prometo é aseguro por mi fee é palabra Real que todo lo que gastáredes é espendiéredes en la dicha guerra en la forma susodicha que vos será muy bien pagado en la manera siguiente. Que todo lo que se cobrare é oviere de la dicha Cruzada é susidio, que está mandado cobrar asi en estos Reinos de Castilla como en todos mis Reinos é Señoríos se vos dará y pagará realmente é con efecto todo lo que asi hobiéredes dado y gastado de lo primero que se cobrare y rescibiéredes despues de pagados los bastimentos é provisiones.....—Otro sí que yo procuraré con nuestro muy Sancto padre que todo lo que se tomáre é ganáre del reino de Tremecén sea en lo especial sufragáneo de la Iglesia de Toledo, é asi mismo que en la ciudad de Orán se faga una iglesia colegial, la cual sea unida en la dicha Iglesia de Toledo para que igualmente puedan residir en qualquier de las dichas Iglesias los canónigos é dignidades é beneficiados dellas, ó de la manera que lo dispusiéredes.—Otro sí, yo el dicho cardenal de España, arzobispo de Toledo, prometo é me obligo de dar é pagar..... etc.» Archivo de Simancas, Contadurias, 1.ª época, legajo 201.

llos de los que mas se habian distinguido en las guerras de Italia y de España. Levantóse gente en todas las provincias, especialmente en la diócesis del cardenal: proporcionó éste un buen tren de artillería, se hicieron provisiones de boca y guerra, y en la primavera de 1509 se halló aparejada en el puerto de Cartagena una armada de diez galeras y ochenta naves menores, con catorce mil hombres de desembarco. Advertíase no obstante poco orden y arreglo en la disposicion de la flota, lo cual atribuía el cardenal al poco gusto con que Navarro se sometia á estar bajo la direccion de un eclesiástico para una tal empresa como aquella; mientras Cisneros decia del conde que era muy bueno para pelear, mas no para gobernar y dirigir. Ello es que desde el principio no reinó el mejor acuerdo entre el arzobispo y el conde. Hubo tambien escesos é insubordinacion en la gente de tropa, y muchos de ellos decian con cierto donaire, especialmente los de Italia, «que era cosa chistosa lo que en España pasaba, que un arzobispo de Toledo quisiese dirigir y hacer la guerra, en tanto que Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitan, se entretenia en rezar rosarios (1).» Los nobles por otra parte procuraban desacreditar al cardenal atribuyéndole miras codiciosas y designios no muy leales.

Mas no era Cisneros hombre á quien arredraran

(1) Alv. Gomez, De rebus gestis, lib. IV.

contrariedades ni obstáculos, y fuerte con su propio espíritu y con el favor y apoyo de Fernando que le conocia bien, castigados los soldados disidentes, animados los demás á vista de los sacos de moneda para la paga, y restablecida la disciplina en el ejército, dióse la armada á la vela á 16 de mayo (1509), y al dia siguiente arribó al puerto de Mazalquivir. Las fogatas que se divisaban en las alturas indicaban bien que los moros se hallaban apercebidos. Opinaba sin embargo el cardenal que no debia perderse tiempo, y que convenia sobre todo apoderarse de una eminencia que hay entre Mazalquivir y Oran. Salieron pues las tropas al campo para prepararse á acometer al enemigo. El cardenal de España recorrió las filas montado en una mula, vestido con los hábitos pontificales y con la espada al costado, rodeado de sacerdotes y religiosos, entre ellos el franciscano Fr. Fernando, que montaba un caballo blanco, llevando el tahalí y la espada sobre el sayal, y en la mano el estandarte arzobispal con la cruz, cantando todos muy devotamente el himno *Vexilla Regis prodeunt*. El venerable prelado, despues de ordenadas las tropas, subió á un repecho, desde el cual les dirigió una enérgica arenga, exhortándolos á pelear con esfuerzo contra aquellos infieles que habian querido esclavizar la España, y á penetrar animosos en la ciudad y sacar de las mazmorras á los cristianos que gemian cautivos y á quienes sus madres esperaban ansiosas de abrazarlos. «Yo quiero, añadió,

» tener parte en esta victoria, y seré el primero en el
 » peligro, porque me sobra aliento para plantar en me-
 » dio de las huestes enemigas esta cruz, estandarte real
 » de los cristianos, que veis delante de mí y me tendré
 » por dichoso de pelear y morir entre vosotros, como
 » muchos de mis predecesores lo han hecho ⁽¹⁾.»

La fogosa elocuencia del septuagenario sacerdote inflamó á aquellos guerreros devotos, los cuales viendo al arzobispo resuelto á guiarlos y á marchar con ellos al combate, se acercaron á él con respeto y le suplicaron tuviese á bien de retirarse, pues de otro modo el cuidado que todos pondrían en proteger y salvar su persona les embargaría la atención y podría perjudicar al éxito de la pelea. Cedió el prelado, aunque con repugnancia, á tan justas instancias y consideraciones, y dejando á Navarro el mando del ejército y de la batalla, les dió su bendición y se retiró á orar á la capilla de San Miguel de Mazalquivir. La noche se acercaba, y viendo Navarro las colinas de la sierra coronadas de moros, volvió á consultar al cardenal si convendría diferir el ataque ó comenzarle pronto á pesar de la proximidad de la noche. «Atacado al enemigo sin dilación y sin miedo, contestó el animoso prelado; porque estoy cierto de que vais á ganar hoy una gran victoria ⁽²⁾.» Animado con estas

(1) Gomez de Castro, de Rebus gestis, lib. IV.—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 218. te hodie victoriam magna cum laude reportaturum.» Alvar. Gomez, ibid.

(2) «Certa enim mihi spes est

palabras como de inspirada predicción volvió Navarro al ejército y ordenó inmediatamente el ataque.

Moviéronse las tropas, divididas en cuatro cuerpos, y llevando la artillería que el cardenal había hecho desembarcar. Resonaron las trompetas por valles y cerros, y á la voz de ¡Santiago! comenzaron los españoles á trepar atrevidamente por las ásperas laderas de las montañas, sufriendo impertérritos los tiros de flechas y de piedras que los moros desde lo alto arrojaban. Allí murió por querer avanzar con temeraria precipitación el capitán de los de Guadalajara Luis Contreras ⁽¹⁾. Pero maniobrando Navarro oportunamente con cuatro piezas de artillería, desalojó los enemigos de las alturas con grande estrago, aturdiéndolos y desordenándolos de tal manera, que todos se dieron á huir dispersos y despavoridos y persiguiéndolos los cristianos en no menor dispersión y desorden hasta las puertas de la ciudad, con gran peligro de los nuestros si los moros hubieran tenido ánimo para rehacerse.

Entretanto la armada española anclada frente de

(1) La muerte de este capitán dió lugar á un incidente muy propio de la superstición musulmana. Los moros cortaron su cabeza y la enviaron á Oran, donde la anduvieron paseando y enseñando por las calles con gran regocijo, diciendo que era la del alfaquí de los cristianos, esto es, la del cardenal. Mas todo aquel júbilo se desvaneció y aun convirtió en tristeza, no solo porque los cautivos cristianos reconocieron no ser la del arzobispo, sino por otra circunstancia. Contreras era tuerto, y tan pronto como lo observaron las mugeres musulmanas comenzaron á gritar que todo estaba perdido, porque el primer hombre que habían muerto los suyos era tuerto, y el gozo de la ciudad se trocó en predicciones siniestras.

Oran, batía incesantemente la ciudad, y si bien de la plaza contestaban los enemigos con vivo fuego de las numerosas piezas que coronaban sus muros, habiendo tenido los cristianos el acierto y la fortuna de apagar los de la principal batería enemiga, desembarcaron las tropas que iban á bordo, juntáronse con las de tierra, y comenzaron á escalar intrépidamente la muralla. El capitán de la guardia del cardenal, llamado Sosa, fué el primero que á la voz de *¡Santiago y Cisneros!* plantó sobre los adarves la bandera que representaba por un lado la cruz y por otro el blasón de las armas del primado. Inmediatamente se vieron ondear otros seis estandartes sobre los muros. Apoderáronse los soldados de las puertas, se abrieron, y penetró todo el ejército en la ciudad arrollando y pasando á cuchillo cuanto encontraba sin perdonar ni sexo ni edad. Algunos moros se refugiaron en las mezquitas ó se fortificaron en las casas. Los soldados vencedores se entregaron desenfrenadamente á la licencia y al saqueo, sin que la voz de Navarro bastára á contenerlos, hasta que cansados y saciados de sangre, de manjares y de vino, se entregaron embriagados al sueño, reposando los vivos entre los muertos, todos confundidos y mezclados. Solo Navarro y sus capitanes velaron aquella noche. Horrorizados de tanta mortandad y tanto esceso, ofrecieron perdón á los refugiados en las mezquitas y los obligaron á rendirse. Llegado el día, ordenó Navarro que se limpiase la

poblacion de tanta impureza como la infestaba, y avisó al cardenal para que fuese á tomar posesion de la importante conquista que acababan de hacer las armas españolas.

El portador de esta feliz nueva fué el capitán Villaroel. El cardenal la recibió con modesta alegría, dió gracias á Dios, y al día siguiente partió en una galera á Oran con los religiosos y sacerdotes que solía llevar en su compañía. Llenóse su alma de santo júbilo cuando divisó los pabellones cristianos ondeando sobre los alminares de la opulenta ciudad morisca. Al desembarcar le saludaron los soldados como al verdadero vencedor: «Vos, señor, le decian, sois el que ha vencido:» á lo cual contestaba el prelado con las palabras de David: «*Non nobis, Domine, non nobis...* No á nosotros, Señor, sino á vuestro santo nombre se debe dar la gloria.» El gobernador de la alcazaba le presentó las llaves de la fortaleza: púsose á su disposicion la riqueza y botin de la ciudad que ascendia á una inmensa suma, pero Cisneros, no queriendo nada para sí, mandó que se reservára todo para el rey y para el sustento de los soldados. Lo que mas lisonjeó al pontífice-general fué el gusto de abrir por sí mismo los calabozos subterráneos y dar libertad á trescientos infelices cautivos que gemian allí entre cadenas.

La facilidad y prontitud con que se tomó una ciudad tan rica y tan bien guarnecida y fortificada como Oran, causó general sorpresa y maravilla. Los solda-

dos decían que Dios había detenido el sol en su carrera para darles la victoria como en tiempo de Josué⁽¹⁾; mientras otros suponían, tal vez no sin fundamento, que Cisneros había tenido secretas inteligencias con los alárabes que vivían entre los moros. Al siguiente día el cardenal montó á caballo, dió una vuelta en derredor de la ciudad, dispuso que se repararan las fortificaciones, visitó las mezquitas, purificó y consagró una de ellas á Nuestra Señora de la Victoria, y otra al apóstol Santiago, ordenó que se erigiese un hospital y algunos conventos, y despachó á don Fernando de Vera con cartas para el rey anunciándole el éxito glorioso de su empresa. No fué poca dicha haber tomado tan pronto la ciudad, porque á las pocas horas se presentó á sus inmediaciones un ejército de Tremecen que acudía á socorrerla, el cual hubo de retirarse luego que supo la rendición. Vengáronse los de Tremecen y descargaron su furor degollando á los mercaderes cristianos y judíos que se hallaban en aquella capital.

Cuando halagaba al gran Cisneros la idea de dilatar la religión y hacer ondear la enseña del cristianismo en otras ciudades infieles de la costa africana, detuviéronle en sus pensamientos graves desavenencias que sobrevinieron entre él y el conde Pedro Navarro. Soldado de genio un tanto áspero y brusco Navarro, que ya desde España había mostrado harta repugnan-

(1) Quintanilla, Archetipo, página 236 y sig. y apénd. p. 103

cia en someterse á un caudillo eclesiástico, no podía ver sin celos los honores que se hacían al cardenal, y mas cuando se sentía él con aptitud y con valor para dirigir la guerra como gefe. Así un día, con motivo de una reyerta ocurrida entre soldados de uno y otro, dijo al prelado en desabrido tono: «que jamás dos generales habían conducido bien un ejército; que haría bien en volverse á su diócesis á recoger los aplausos de su victoria; que su misión había terminado con la toma de Orán; que todo lo demás se había de hacer en nombre del Rey Católico y no en el suyo; y que le dejara á él el mando del ejército y la armada, y él se fuese á cuidar de sus ovejas, dejando el cuidado de pelear á los que tenían oficio de soldados.» Y se despidió de él bruscamente⁽¹⁾. Disimuló el prelado, y sin darse por sentido de la irreverencia llamó otro día á Navarro y le dió sus órdenes con la dulzura acostumbrada.

A este tiempo interceptó el cardenal la carta del rey á Navarro, en que le encargaba procurara detener por allá al arzobispo todo el tiempo que creyera necesaria su presencia. El anciano y suspicaz prelado interpretó aquella prevención en el sentido mas desfavorable; supuso mala voluntad en el rey hacia su persona, y como sabía que el monarca deseaba el arzobispado de Toledo para su hijo natural don Alfonso,

(1) Gomez, De rebus gestis, licos, cap. 218. fol. 116.—Bernaldez, Reyes Cató-

que lo era de Zaragoza, y aun le habia hecho proposiciones de permuta, hasta sospechó en Fernando la intencion de que permaneciendo en Africa sucumbiera allá, no pudiendo resistir la temperatura ardiente de aquel clima en la estacion en que se iba á entrar ⁽¹⁾. Esto, unido al disgusto que le causaba la altivez y casi abierta desobediencia de su general, le determinó á regresar á España; y llamando á Navarro, á Villaroel, á Diego de Vera y á otros capitanes, les comunicó su designio, declaró que dejaba al primero el mando del ejército y armada, dió á todos oportunos consejos para el mantenimiento de la disciplina, la conservacion de lo conquistado y la conveniencia y modo de proseguir la empresa de Africa, y despidiéndose afectuosamente de todos, se embarcó en una sola galera (23 de mayo, 1509), sin escolta y sin aparato, para demostrar la seguridad con que se navegaba ya por aquellos mares, antes tan espuestos á los ataques de los piratas. Solo traia consigo algunos criados, unos esclavos moros con camellos carga-

(1) Muchos historiadores hablan de esta famosa carta del rey como escrita en términos mas explicitos y mas fuertes. Nosotros hemos preferido y adoptado la version que hace de este hecho Alvaro Gomez de Castro, que creemos fué el que pudo estar mejor informado. Suponen aquellos que decia el rey en su carta: «Detened á ese buen hombre, que no vuelva tan aprisa á España; conviene usar de su persona y dinero en-
»tretanto se pueda. Detenedle si
»podeis en Oran, y pensad alguna
»nueva interpresa.» Y en testimonio de esto citan á Alvaro Gomez. Véase Flechier en la Historia del Cardenal Ximenez, lib. III. Pero Gomez dice solamente lo que sigue: *Rex igitur Navarro per litteras mandabat ut tuisper Ximenium á trajiceno adverteret, dum ejus presentia rebus agendis necessaria foret. Id homo senex et ob atram bilem suspiciosus in suum damnum et perniciem tractari credidit...* Lib. IV.

dos de piezas de oro y plata que habia separado del botin y destinado al rey, junto con una coleccion de libros arábigos de astronomía y medicina para su biblioteca de Alcalá. En aquel mismo dia arribó con próspero viento á Cartagena, de donde habia partido con la expedicion.

Esquivó el victorioso prelado con recomendable modestia las fiestas públicas con que varios pueblos querian agasajarle, y temiendo ya los calores del estío, partió para Alcalá de Henares, su ciudad predilecta. Los doctores de su universidad habian enviado una diputacion á recibirle; todos los gremios le habian preparado una entrada triunfal, y habian derribado un trozo de muralla para que aquella pudiera ser mas solemne; pero él, enemigo del fausto y de las demostraciones ruidosas, prefirió entrar por una de las puertas ordinarias; y con la misma humildad y abnegacion rehusó ir á la córte, donde le llamaban y le tenian preparados festejos, «por temor, decia, de verse abrumado con frívolas urbanidades, que son pesadas y embarazosas á los que no deben perder el tiempo, y que por su edad y profesion han de ser sérios y graves.» En todo manifestó la misma modestia y sencillez; y sin mostrarse envanecido por su glorioso triunfo, ni hablar siquiera de él, sino para exhortar al rey á que no dejara de proseguir las conquistas de Africa y á que no faltaran provisiones al ejército, se consagró á los cuidados espirituales de su diócesis, y al fomento

de su querida universidad de Alcalá, de que hablarémos luego.

Aguardábanle no obstante al venerable cardenal muy graves disgustos y sinsabores por premio del gran servicio que acababa de hacer á su rey y á su patria. Acusáronle sus enemigos de haber violado el sagrado de las cartas, abriendo las que el rey dirigia á Pedro Navarro, de cuyo cargo procuró justificarse, si bien en verdad no parece que satisfacian de todo punto las razones que en justificacion de este hecho alegaba, ó las que por lo menos nos presentan sus biógrafos y panegiristas, por mas recelos y avisos que tuviese de lo que se trataba entre el conde y el rey. Persuadieron ademas á éste los enemigos del prelado que no debia satisfacerle las sumas anticipadas para los gastos de la guerra y conquista de Oran, puesto que el saco de la ciudad escedia á las expensas que habia hecho. Fuerte en este punto el cardenal, espuso con sobra de razon que nada habia recogido para sí del botin sino algunos libros arábigos y algunas otras curiosidades destinadas á la biblioteca de Alcalá, ni traído otra riqueza que la parte correspondiente al rey; que del dinero anticipado para la espedicion tenia que dar cuenta á su iglesia; recordábale la palabra empeñada en un trato y compromiso solemne; y concluia proponiendo que si el estado de los negocios públicos no permitia sacar cantidad alguna de las tesorerías, cediese el rey á los arzobispos de Toledo el dominio de la ciudad de Oran

en indemnizacion de la deuda que él y sus sucesores renunciarían. Sometido el asunto al consejo, el rey, despues de oidos diferentes pareceres, reconoció al fin la justicia de la reclamacion; pero antes de satisfacer el crédito mortificó al cardenal con graves pesares, cuales fueron el de enviar un comisario régio á visitar su palacio para que examinara su menage y viera si se habia aumentado con el saco de Oran, y el de despachar comisionados por los lugares de su diócesis, con encargo de hacer presentar á los soldados los esclavos y cualesquiera otros objetos que de Africa hubiesen traído.

Cisneros con su grande alma sufria todas estas mortificaciones sin proferir una sola queja y sin alterarse su espíritu. Representábase los ejemplos de los dos grandes hombres que tenia delante, Cristóbal Colón y el Gran Capitan, y de sus mal pagados servicios, y aguardaba tranquilo y sin impacientarse la resolucion del rey. Por último determinó éste satisfacerle sus anticipos; el cardenal le dió las gracias, y sin mostrar resentimiento por la conducta de su soberano siguió respetándole y sirviéndole como antes ⁽¹⁾.

(1) Tenemos á la vista las cuentas de los gastos hechos por Cisneros en la espedicion y conquista de Oran, copiadas de las originales que existen en el Archivo de Simancas, (Contadurías, 1.ª época, leg. núm. 201). Pondremos aqui solamente el *Sumario general* con que concluyen.

Flete de navíos.	5.957,930	(mrs).
Sueldo de gente de á pie.	9.836,276	1/2
Sueldo de gente de á caballo.	906,079	1/2
A personas particulares, que han de dar		